There are no translations available.

Hanna y Mike se sientan en una mesa libre, situada en una zona estratégica desde la que se controla todo el local y, al mismo tiempo, la puerta de entrada/salida. El lugar está oscuro y desangelado, se trata, efectivamente, de un bar de mala muerte. Las sillas son de madera, incómodas, las mesas, también de madera, están sucias, pringosas, tapizadas por una suciedad antigua, salpicadas de profundos arañazos y marcas y nombres e insultos grabados a cuchillo. El suelo de linóleo desprende un inconfundible olor a desinfectante, parece fregado con matarratas. Hay una escupidera en cada esquina, todas a rebosar de un liquido viscoso, tornasolado, es algo tan repugnante que podría hacer vomitar a un buey.

Solo faltan un par de murciélagos dormitando boca abajo, colgados de los ventiladores, que no funcionan.

No debe de haber un sistema de ventilación alternativo: el aire es casi irrespirable, el humo de cigarro es tan denso que parece niebla. Las cortinas, tan acartonadas que semejan un puzzle al que le faltan varias piezas, son de un gris oscuro moteado de un gris aún más oscuro; pudieron haber sido blancas en otro tiempo. El lavabo está tapiado, lo han rellenado de hormigón, hacía años que nadie se atrevía a entrar allí. En la barra se amontonan vasos y platos sin lavar y la oferta de alcohol, variada donde las haya, se limita a ginebra y aguardiente en botellas rellenadas con un embudo mugriento que anda por ahí. El whisky es de la casa, hay un pequeño alambique detrás de la barra (por la gota de líquido que rezuma regularmente, persistente, agotadora, en un recipiente metálico, parece que funciona). También hay cerveza pero, al parecer, es un brebaje no recomendable, según los habituales del local.

Un pinche cocinero mejicano, casi siempre borracho, duerme en la despensa.

A veces, cuando se despierta, se sirven comidas, fritos y refritos, si alguien está tan desesperado que se atreve a pedir algo. El riesgo de intoxicación alimentaria en ese local no es un riesgo, es un hecho comprobado, irrefutable; el Sepulturero Mayor pasa cada noche por allí a ver qué recoge.

El tipo que gestiona ese inmundo local es un hombre sin nariz, tan grotesco y deformado que nadie ha osado nunca mirarlo a la cara. Las malas lenguas dicen que se hizo extirpar el apéndice nasal para no tener que oler las inmundicias que genera su negocio. Lo cierto es que

le arrancaron la nariz de un mordisco en una reyerta; no se sabe cómo acabó el otro. Jamás se mueve de detrás del mostrador, parece clavado allí como una estaca (en ese bar no se sirve nada en las mesas, hay que pedir en la barra) y nunca habla con los clientes, tan sólo se le escucha un murmullo ininteligible, una letanía inacabable como si estuviera hablando permanentemente con el más allá, pero sin articular los labios, como un ventrílocuo poseído o como un robot defectuoso.

En cualquier caso, a día de hoy nadie ha sido capaz de confirmar su naturaleza humana.

La clientela de este bar es de lo más distinguido: vagabundos y borrachos, el tipo de cliente que no aceptarían en ningún otro lugar. Disminuidos físicos o psíquicos, filósofos y literatos adictos al crack, heroinómanos, putas sifilíticas. Almas perdidas o casi. Paisanos aterrorizados que han llegado hasta este hediondo lugar para esconderse de algo o de alguien, quizás de sí mismos. En fin, gente que ha venido, arrastrándose, a morir allí o que ya venía finiquitada de origen.

Suena una música country insufrible.